

LAS LETRAS CHILENAS, por *Domingo Amunátegui Solar*.

Incierto destino el de la literatura chilena en los textos que se escriben con fines didácticos. Se la interpreta mal, o no se la interpreta. Apenas si en esos volúmenes se hace cronología, con apuntaciones caprichosas, con arbitrariedad, y a veces con alusiones de escasa o nula importancia. Don Domingo Amunátegui Solar, serio investigador de nuestros archivos, autor de importantes obras históricas, estudioso incansable de las fuentes de la colonia, ha publicado una segunda edición de su obra, «Las Letras Chilenas», a la que ha agregado algunas informaciones sobre escritores contemporáneos. Esta obra adolece en su parte contemporánea de los mismos o parecidos errores en que han incurrido otros autores de libros de esta naturaleza. Es probable que mi concepto sea distinto al del señor Amunátegui Solar, en lo de apreciar un texto de estudio literario. Yo creo que una literatura como la nuestra—algunos la niegan—necesita ser iluminada, no por la presentación descarnada de los autores, sino más bien por la presentación fundamental y característica de cada uno de ellos. A esto habría que ponerle la salsa del plato. Es decir, iluminar la época, aunque sea con algunos trazos, para que en ella puedan respirar su verdadera atmósfera, los que en ella vivieron o viven. La literatura chilena es una literatura incomprendida, justamente porque quienes han abordado este estudio, se han limitado a colocar los autores por orden cronológico, agregándole a cada uno, unas cuantas líneas, que de ordinario, no dicen nada, no sugieren nada, no revelan nada. Yo no digo que todas esas presentaciones carezcan de algún interés. Algunas hay que están bien escogidas y sugieren un pequeño mundo a la avidez natural del estudiante; pero en general son apreciaciones sin carácter.

Cuando el señor Amunátegui, penetra en el estudio de los cronistas y poetas de la colonia, y en los historiadores y poetas y novelistas del siglo XIX, lo hace con holgura. Se le siente moverse como en un ambiente que le es propio, y su respiración es viva y abundante. Los pulmones acusan un ritmo pausado y normal. Está en su elemento. Conoce la materia y por conocerla, la domina y es señor de sus dilatadas extensiones. Pero no bien el señor Amunátegui Solar traspone la última cumbre del siglo, para entrar con su curiosidad en el misterioso siglo XX, las figuras inquietas y turbulentas que se mueven en esas no menos dilatadas zonas, se le escurren, se le escapan, no logra atraparlas, y la impresión que comunica es precaria.

Insisto en que probablemente mi punto de vista sea diferente al del señor Amunátegui. Y si es verdad que en la advertencia que pone al comienzo, su propósito no ha sido componer una historia literaria, sino una especie de memorándum, según el método positivo, sin largos análisis de carácter general, es lo cierto que se echa de menos en la parte correspondiente a los autores contemporáneos o mejor, de los autores del siglo XX, una pequeña exposición de lo que la literatura chilena significa como interpretación de una nueva realidad. El señor Amunátegui considera que esta tarea debe dejarse a los profesores.

¿Pero todos los profesores de literatura están en condiciones de poder cumplir con éxito esta tarea? ¿Es por ventura una exigencia reprobable, pedir a los autores de esta clase de libros que se preocupen de estudiar los fenómenos literarios, sus influencias, sus corrientes, lo que determinaron en ella ciertos escritores, la forma cómo reaccionaron o cómo entendieron el sentido de la vida, la posición del hombre frente a un medio agitado por tales o cuales problemas? Ciertas obras literarias responden a determinadas crisis. Ciertos escritores buscaron por caminos que no siempre un profesor conoce, los elementos fundamentales de su creación artística. Un poeta suele ser a menudo una fuente curiosísima de estudio, y esto puede insinuarse, puede trazarse en

pocas líneas, puede ser el origen de una provechosa e interesante labor de investigación crítica, que un profesor inteligente y estudioso realiza con la ayuda del alumno, o por sí solo, mediante el dato revelador del autor del texto. En fin, hay poderosos elementos para construir una obra de valía.

Por ejemplo, el señor Amunátegui desarrolla con abundancia de datos, con buen método investigador, el período de la formación intelectual de la generación del 42. Hace, o hará comprender a los estudiantes, la influencia considerable que sobre esa generación tuvieron los maestros Bello y Mora. Ese período tan singular de nuestra formación intelectual, está trazado con viveza por el señor Amunátegui, lo domina, lo entiende, lo hace sentir. Los hombres que actuaron entonces, viven en estas páginas someras con un interés que no puede negarse. Y es porque el señor Amunátegui conoce bien ese período, lo ha estudiado con amor, y al sintetizarlo en el memorándum que él dice, lo ha hecho con limpieza, con innegable maestría.

En cambio, el período que se inicia con el siglo XX, el período que recoge la herencia de fines del siglo XIX, tan interesante, tan lleno de sugerencias, tan curioso por la calidad de los hombres, no aparece en este libro, y los autores están trazados con escasa penetración. Hay omisiones muy lamentables. Hay presentación de otros que nada agregan al estudio de nuestra literatura.

\* \* \*

El ciclo contemporáneo, en el libro de don Domingo Amunátegui Solar, no responde a un verdadero criterio crítico y expositivo. No puede servir por lo menos, en esa parte, para el fin a que se le ha destinado, por cuanto los fenómenos literarios de importancia no aparecen ni siquiera insinuados, y las figuras

centrales de cada período carecen de relieve. Así Pezoa Véliz queda catalogado entre los poetas populares, al lado del satírico don Juan Rafael Allende, y nada, en la breve presentación que le dedica el señor Amunátegui Solar, deja entender o adivinar la significación que Pezoa tuvo en la generación literaria de 1900. Este movimiento excluido del libro—aunque su autor advierte, que no es una historia literaria—, constituye una omisión grave. Un estudiante de literatura chilena, pasa en este libro, del siglo XIX al XX sin saber a qué atenerse. La presencia de Thomson, de Baldomero Lillo, de Federico Gana, de Díaz Garcés, etc., en los comienzos de este siglo, con obras literarias tan diversas de las del último cuarto del siglo anterior, por la calidad de estilo y de elementos de interpretación de la vida chilena, queda sin explicación que satisfaga la natural curiosidad del estudiante, y en medio de una obscuridad que escasos profesores podrán disipar. Estos son, a mi modo de ver, los puntos débiles de este texto. Aparte, claro está, de la presentación misma de los escritores, que, salvo contadas excepciones, no ha sido hecha con el relieve necesario.

Es cierto que la literatura chilena, a partir de 1880, está apenas rastreada. Hay un período turbio aun, que corre, puede decirse, desde la guerra del 79 a la generación de 1900. ¿Qué influencias recibieron los escritores que se mueven después de esa guerra victoriosa? ¿Cómo sintieron la sociedad opulenta de ese tiempo, sociedad de esplendor económico? ¿Sintieron, en igual medida, los gustos y las pasiones que por entonces, junto con la riqueza, invadieron la sociedad chilena? ¿O fueron, quizá, incapaces de sentir nada y sólo se limitaron a seguir los modelos franceses, entre los cuales debe mencionarse a Armando Silvestre? Si se trata de servir a los alumnos de literatura chilena, lo natural es que en los textos destinados a ese objeto se tracen, aunque en forma esquemática, algunas nociones de cómo la vida y los fenómenos históricos influyeron sobre la creación artística.

Ahora bien, y siguiendo en este empeño que a algunos podrá

parecer pedantesco y a otros no, lo cual al autor de esta nota le tiene sin cuidado. ¿cómo se produjo la curiosa floración de los escritores naturalistas de 1900? ¿Qué influencias pesaron sobre ellos? ¿Por qué vieron el campo como hasta entonces ningún escritor chileno anterior lo había visto? ¿Qué secretas sugerencias impulsaron esas creaciones, en las que se siente ya la evasión del escritor de la ciudad hacia el campo? ¿En virtud de qué fenómenos estéticos o sociales esos escritores abandonaron el gabinete, y con él las elucubraciones medio románticas en que abundaron escritores de la generación anterior? ¿Qué influencias de escritores extranjeros hay que considerar para explicar esta actitud de piedad del escritor hacia el hombre del campo, hacia el labriego, o peón de las minas, o hacia el obrero de las ciudades? ¿Por qué, juntamente con la generación de prosistas, creció también un poeta como Pezoa Véliz, que labró, en versos lo que los otros pusieron en sus cuentos y novelas? ¿Qué valor tiene en ese fenómeno literario Pezoa Véliz, con su profunda y áspera queja, en la que pasa el alma bravía y sarcástica del hombre del pueblo, y se perfila, como en ningún otro poeta, el paisaje chileno? ¿Cómo deben considerarse Federico Gana y Baldomero Lillo? ¿Cuál es la posición de cada uno con respecto al hombre del pueblo? etc.

Es difícil condensar en pocas líneas todo lo que sugiere el texto incompleto del señor Amunátegui Solar, en lo que respecta al ciclo contemporáneo. Es verdad que él no ha hecho una historia literaria. Lo advierte al comienzo de su libro. De todos modos, no pueden dejarse pasar estas omisiones, que, al menos para el que esto escribe, son fundamentales en el estudio de la literatura chilena. Una cronología de nombres puede estar bien si existen otros textos que ayuden a completar aquella cronología. Pero da la casualidad de que no los hay. Y cualquier esfuerzo que se haga en este sentido, debe hacerse, creo yo, con la mayor precisión. Un simple trazo, una insinuación de los fenómenos más importantes, ayudarán a comprender no sólo al alumno, sino al profesor, el desarrollo de la literatura chilena, y la importancia de

sus figuras más representativas. Las muestras que he dado bastan para hacer ver los defectos de que adolece este texto del señor Amunátegui.—D. MELFI.



LA LEYENDA PATRIA, por *Alberto Guillen*.

Por primera vez me encuentro con una «Leyenda Patria», escrita para los niños por un niño que no lo es, aunque es poeta y tiene, seguramente, más de treinta años. Una leyenda del descubrimiento, de la conquista y de la emancipación del Perú, que es como decir de América, porque los episodios se parecen en todos los países en los que los españoles pusieron su planta, y la conquista como la independencia fué también idéntica en sus principios y en sus consecuencias. Alberto Guillen la ha escrito con fortuna y con sencillez. En una de esas ediciones primorosas de bolsillo, con bellas ilustraciones, la fantasía, la realidad y el candor andan mezclados en la más limpia confusión del mundo. Nótese que digo limpia confusión, porque lo mismo la realidad que la ironía, el blanco del alma infantil, como la grave mordacidad del hombre, han logrado extenderse sobre estas páginas menudas para producir una lectura deleitosa y llena de interés.

Un hombre-niño, es decir, un hombre con el sentido de la lucha de hoy, que es de repudio a las vejezas pasadas y a los aditamentos espesos de los dómines, acomete la tarea de contar lo que pasó en el descubrimiento, luego en la conquista, y, más tarde, con la emancipación. Pero no con la solemne y paquidérmica erudición, con el andar pausado y monocorde de los historiógrafos que acumulan miles de documentos y largos escuadrones de fechas, para echar al mundo una página fría, enteca y cejijunta, sino con el desenfado de un niño que salta y brinca por los campos de la historia y anota sólo lo esencial, lo poético, lo hu-